

DIBUJOS,
LABORES,
MODAS.



LITERATURA,
EDUCACION,
POESIA.

LA MARIPOSA.

PERIODICO DEDICADO A LAS SEÑORAS

Y ESPECIALMENTE Á LAS PROFESORAS DE INSTRUCCION PRIMARIA,

BAJO LA DIRECCION

DE LA SRTA. DOÑA FERNANDA GOMEZ, MAESTRA SUPERIOR.

Este periódico se publica los días 2 y 16 de cada mes, y reparte á sus suscritores 24 grandes pliegos de dibujos y patrones de trajes, al año.—**PRECIOS DE SUSCRICION.**—En Madrid, por un mes, 4 rs.—En provincias, el trimestre 14, medio año 26, y por uno 50.—**Estranjero**, 22 el trimestre.—Se suscribe en todas las librerías, y en la Administracion y Redaccion, calle Imperial, núm. 14, colegio, mandando su importe en sellos ó libranzas.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á las Sras. Suscriptoras á nuestro periódico, que se hallen en descubier-to, tengan la bondad de remitir el importe de la suscripcion lo antes que las sea posible.

OTRA.

Con este número de la MARIPOSA, termina el primer trimestre de su publicacion.

Deseáramos que nuestras apreciables suscriptoras que continúen dispensándonos su confianza, tengan la bondad de renovar oportunamente la suscripcion, ó avisar en otro caso á esta redaccion para no causarnos perjuicio.

Como comprendemos la falta de medios en algunos pueblos para librar su importe, mandaremos el sucesivo número, considerando como suscritora á la que no devuelva el periódico á dicha redaccion.

LA MUJER.

Hemos dicho ya que la *mujer*, en las antiguas sociedades, antes de ser conside-

rada como *persona*, habia pasado mucho tiempo por una simple *cosa*.

Si no supieramos por la Historia otras aberraciones del entendimiento humano, cuyos horribles efectos aun hoy mismo hacen erizar los cabellos, sin que por esto nos sea lícito dudar de su verdadera existencia, apenas podriamos dar entero crédito á las crueldades é ignominias, á los martirios y vejaciones de que ha sido *blanco* la *mujer*, en tiempos que ya han pasado por ventura de la humanidad.

Nos consta que el *bello sexo* (hablando á la moda) no solo era puesto en venta, sino que pasaba en calidad de préstamo, por término de un dia, á manos de un tercero.

¡Horrible iniquidad, contra la cual no tenia la desgraciada *mujer* ni aun el derecho de quejarse!

Pero le faltaba todavía un ultraje más inicuo... Si una casada, heredera universal, no tenia sucesion, estaba obligada á vivir con su pariente mas cercano, que pasaba á ocupar el puesto del marido, con pretesto, se decía, de reparar, si era po-

sible, los daños causados á la familia por la falta de hijos.

Si quedaba viuda y sin hijos, su pariente mas próximo, ya fuese soltero, viudo ó casado, debia unirse á ella en matrimonio. Cuando este pariente era casado, su primera mujer tenia que sufrir la afrenta del repudio.

Todas estas iniquidades se cometian con el propósito, decia la ley, de mantener unida la familia por la indivisibilidad del patrimonio.

¡Prueba evidente de que la *cosa* era preferida á la *persona*! ¡Horrible ultraje á la humanidad!

La infortunada *mujer* vivia siempre la vida del esclavo; soltera, bajo la tutela de su padre; casada, bajo la de su marido; viuda, bajo la de su hijo; ni podia administrar su patrimonio, ni servir de testigo, ni testar, ni presentarse en juicio.

Un hijo de menor edad podia ser tutor de su misma madre, y obligarla á contraer, contra su voluntad, segundas nupcias.

La legislacion griega estaba sobre este punto en perfecta armonía con las opiniones de sus filósofos.

Hé aquí cómo pensaban algunos de sus hombres mas célebres:

Segun *Platon*, la *mujer* tenia menos virtud que el hombre.

Segun *Aristóteles*, la *mujer* tenia un alma inferior.

Segun *Tucidides*, la *mujer* no debia hablar, ni en bien, ni en mal.

Segun *Hipócrates*, la *mujer* era perversa por naturaleza.

Segun *Carcino*, para hablar mal de la *mujer*, no eran necesarios deshonrosos epítetos. Bastaba decir: «Es *mujer*.»

Eurípides apostrofaba á la *mujer* en pleno teatro de esta sarcástica manera: «La perversidad innata de vuestra alma y vuestro mal genio, siembran la desolacion en nuestra patria. Seria de apetecer que la

naturaleza descubriese un medio de perpetuar el género humano, sin tener que recurrir á vosotras.»

Esto pasaba en *Grecia*.

Oigamos ahora el parecer de algunos hombres distinguidos del *pueblo romano*, y nos convenceremos de que así en Atenas como en Esparta, lo mismo en Roma que en todas partes, la opinion estaba pronunciada en contra de la infeliz *mujer*, considerándola hasta como un error de la naturaleza.

Tito Livio ha dicho: «La mujer es una bestia indomable.»

Publio Siro ha consignado: Toda *mujer* que piensa, piensa mal.»

El censor *Metello Numidico* pronunció un dia estas horribles palabras: «Si pudiéramos pasar sin mujer, no habria uno de nosotros que quisiera tomar una á su cargo; pero ya que, segun el orden de la naturaleza, no se puede por una parte vivir bien con ella, y por otra sin ella no puede propagarse la especie humana, os suplico que sacrifiqueis el interés particular al interés público.»

¿Qué extraño es, en vista de tales opiniones, que el *pueblo romano* considerara el matrimonio como un acto de sublime abnegacion?

¿Qué tiene de raro, en virtud de tales ideas admitidas por hombres de pro, que una gran parte de ciudadanos prefiriera el celibato al matrimonio?

Véase con cuánta razon dijimos en el próximo número anterior, que la desdichada *mujer* habia derramado muchas lágrimas y habia sufrido todo género de afrentas, antes de pasar del estado de *cosa* al de *persona*.

Nótese ademas con qué grave fundamento dijimos tambien que habia sido un magnífico progreso la proclamacion de su inviolabilidad corporal; porque este paso la emancipó en gran manera, elevando su

dignidad y haciéndola á la vez partícipe de la instruccion, cuyo monopolio ejercia solo el hombre.

Desde entonces la *mujer*, sacada del fango de la ignorancia, asistiendo al banquete del pensamiento, podia ya conversar con su marido, y en lugar de placeres puramente corporales, le suministraba los dulces é inefables placeres del espíritu.

De esta manera, colocado el hombre entre la mujer ignorante y la mujer ilustrada, no vaciló en dar á la última la preferencia.

Roma misma, á pesar de su bárbara legislación y de sus falsas creencias sobre el destino de la *mujer*, marca un brillante progreso sobre el progreso de *Grecia*: rompe el destierro del *gynceo*, conquista el derecho de salida, y la *mujer* no sale ya velada como en *Grecia*, sino con el velo medio levantado sobre el rostro: la matrona come con su marido, y participa de todas las delicias del hogar; si tiene que esponer una queja contra su marido, ó si este la desprecia, puede citarle á conciliacion ante la diosa Viriplaca, protectora de la paz doméstica, que generalmente decidia la cuestion á favor de la mujer, y las disensiones de familia solian terminar con reciprocas muestras de cariño.

En tiempo de la República Romana fué cuando principalmente subió á una inmensa altura el prestigio de la *mujer*: entonces, libre de las afrentas pasadas, en union íntima con ciudadanos libres, penetró en ella el espíritu de la ciudad, sintió los encantos del patriotismo, dió insignes pruebas de heroismo, y llegó á esponer hasta su propia vida por la salvacion de la patria.

Colocada ya en tal elevacion, el Senado permitió que se la elogiase públicamente, y que se la declarara *benemérita de la patria*.

Pero estos progresos se detuvieron ante el escandaloso lujo, ante los brutales pla-

ceres de las mujeres romanas, cuya corrupcion llegó hasta las mismas matronas encerradas en su soledad doméstica.

Roma no tuvo entonces más pensamiento que el de gozar de los placeres más groseros; de forma que este pueblo libre y orgulloso con su libertad, vino á caer en el despotismo mas fiero, que produjo su completa desmoralizacion y su completa ruina.

Ricas preesas, elegantes tocados; paseos en palanquines abiertos; baños adonde concurrían individuos de ambos sexos; teatros en que campeaba el libertinaje; escenas pantomímicas, donde se representaban al natural los mas torpes vicios; circos, en que se respiraban los miasmas de las fieras y los vapores de la sangre; orgías indecentes, donde solo reinaban el sensualismo y la lubricidad. Hé aquí lo que fué la *mujer* bajo el imperio romano.

La misma dignidad imperial llegó á su más alto grado de hediondez.

¡Sirva de aviso este grande ejemplo á la *mujer* de nuestros dias!

Hemos visto en nuestro ilustrado colega el *Monitor de Barcelona* un suelto, referente al proyecto de una sociedad de socorros mútuos entre Profesores, ofreciendo el mismo periódico publicarlo, luego que una comision diera su dictámen. Mucho nos alegrariamos ver este gran pensamiento realizado, con más fortuna que lo han sido otros de igual índole, establecidos en las diferentes carreras, y que han fracasado despues de grandes desembolsos por parte de las familias.

Sin embargo, creemos que esta clase de asociaciones deben ser el consuelo en las desgracias; y que con meditacion y fé, que no podemos menos de concedérselo á los autores, puede llegarse á la realizacion del gran pensamiento.

Ya nos ocuparemos de él en cuanto lo

publique, y con la imparcialidad que nos es peculiar á nosotras, daremos nuestro humilde parecer.

El día 11 de Junio, según el *Magisterio de Ciudad-Real*, tuvo lugar en Argamasilla de Alba la inauguración de un nuevo local destinado á escuela pública, con habitaciones para el Maestro. Cuando comparamos el abandono en que se tiene en muchos pueblos esta clase de edificios, no podemos menos de felicitar al Ayuntamiento que ha realizado tan buen pensamiento, así como al dignísimo Maestro que está al frente de esta escuela, pues tenemos la fortuna de deber parte de nuestra instrucción al modesto Maestro de Argamasilla, á quien mandamos con este motivo el más sincero parabien.

UN PASEO POR LAS NUBES.

Todos los hombres nacen con alguna inclinación dominante, que á pesar de modificar con la educación, el tiempo y las circunstancias, se manifiesta en su índole hasta la hora de la muerte. Los más corren en pos de vanidades y riquezas, agitados por la sed de Tántalo, ó tras los placeres y la disipación que, apartando á la humanidad de los deberes de la vida, proporciona en lugar de dichas, desengaños, en vez de duraderas satisfacciones, un hastío cruel. Los menos se dirigen con reposado continente hácia la felicidad verdadera por los senderos de la moderación; la prudencia y la justicia.

Si tantos prefieren el papel de actor al de espectador, consiste en que ignoran la complacencia con que el ser precavido permanece sereno, mientras el imprevisor se agita desasosegado. Además, el examen y estudio de las pasiones lejos de endurecer el corazón, conserva su sensibilidad, impidiéndole entregar sus afectos á la ventura, y gastar la frescura de sus sentimientos en locas y pasajeras veleidades.

¡Cuántos placeres elevados proporciona la observación á los que han aprendido á amarla!

Ella designa los infinitos prodigios de la naturaleza, y encanta con mil detalles en los que no repara la criatura frívola é indiferente. Árboles, flores, aves é insectos, presentan un campo de fe-

cundas investigaciones al espíritu atento y analizador. La mariposa que vuela, el pájaro que canta, el niño que sonríe, los cristales que brillan sobre la peña, todo constituye un manantial de descubrimientos preciosos que comienza en el hombre y concluye en los metales escondidos en las entrañas de la tierra.

¿Nos perseguiría acaso el tedio á no despojarnos á menudo nuestra superficialidad del deseo de conocer los bienes que disfrutamos á ciegas? Hasta sin alejarnos del rincón en que hemos nacido halláramos, dedicándonos á observar, un caudal de ideas agradables y variadas. Lo mismo el firmamento, tachonado de estrellas, que la campiña esmaltada de flores y el mar cubierto de espumas refulgentes, abren campo á las inteligencias reflexivas.—El mortal pensador oye sublimes armonías y extraordinarias combinaciones, donde el ente común únicamente percibe estrellas, agua inerte, polvo. ¡Estrano, por cierto, es el realce que comunica á todo la atención que le concedemos! Pasa el vulgo distraído junto á las montañas, atraviesa con indiferencia los bosques, surca el Océano sin apenas mirarlo, y los portentos de la creación le ocultan indignados su hermosura. Pero sube el viajero observador á la cima de los peñascos, recorre las antiguas selvas, contempla el piélago, testigo de cien dramas horribles ocurridos entre el cielo y las olas, y como si poseyera un sentido más que la frívola multitud para distinguir la grandeza de Dios, lo ve en sus obras retratado.

La reflexión fecundiza la observación que para merecer plenamente este nombre ha de estar completada por aquella. ¿Quién no se ha sorprendido alguna vez con la fertilidad de la tierra, poblada de verdor, de lindas guirnaldas, de ricas frutas y de granos preciosos? Mas aunque su generosidad otorga ciento por uno, no existiera sin el calor del astro que anima la materia insensible. El sol baña los surcos abiertos por el agricultor, y la llanura antes árida y triste, se inunda de plantas que llenas á su turno de capullos y semillas, muestran la divina munificencia.

Ingeniosos siempre los antiguos, sus alegorías pintaron á la diosa de la Sabiduría saliendo del cerebro de Júpiter, atormentado por un fuerte dolor de cabeza. Así indicaban cuán preciso es calentarse los sesos para adquirir grandes dotes mentales y que la reflexión madure los pensamientos, como el sol las mieses, para que alcancen el aplauso universal.

Si examinamos detenidamente los retratos de los filósofos griegos y romanos, se descubre el sello magestuoso de las abstracciones del espíritu. Su mirada grave recuerda las meditaciones á que se entregaron; su expresión contemplativa la especie de concentración interior en que vivieron. La fisonomía, según se ha repetido, forma el espejo del alma.

La reflexion y la meditacion, tan semejantes que casi constituyen una misma cosa, prefieren la tranquilidad al bullicio mundano. Paséase contento el hombre reflexivo por la vasta campiña.

De las granjas rústicas se escapa el humo de la comida frugal; los pájaros escondidos en la arboleda lo saludan con sus conciertos invisibles, y los bucólicos amores parecen sonreírle sentimentalmente bajo las espesuras. Aquí y allá se pierde entre la yerba alguna trasparente fuentecilla presidida por alguna ninfa poética. En aquel arroyo cantan las náyades; en este prado balan los cordeiros; en el inmediato verjel juegan los silfos con las violetas y los jazmines. La verde sombra, la agreste quietud y la perfumada frescura deleitan el alma y los ojos. Al meditar, pues, el solitario, escuchando el murmurio de la corriente cristalina bajo el follaje, descende la inspiracion sobre su frente inclinada. Las ideas que entonces se le ocurren, reflejan las bellezas del cuadro que le enajena, y la misteriosa emocion que le asalta, transmitiéndose á las páginas de su pluma, va á conmover despues el corazon de sus lectores. Su inteligencia, al separarse de los círculos engañosos que le presentaban falsas perspectivas, halla la verdad que buscaba ansiosa.

Los conocimientos científicos han sido en todos tiempos hijos de la reflexion. Cuando preguntaban á Newton cómo habia logrado colocarse á la vez á la cabeza de los matemáticos, los físicos y los astrónomos, contestaba: «Pensando y estudiando continuamente.» — Muchos descubrimientos han provenido en realidad de pequeñas causas que la reflexion ha trocado en manantial de resultados interesantísimos.

Se afirma que *in illo tempore* el inventor del arte de escribir fue un amante, que dominado por invencible timidez junto al objeto de sus suspiros, no se resolvía á declararle su pasion. Meditando sin cesar en el modo de verificarlo por medios ingeniosos que hablaran en favor suyo, se decidió al cabo á espresar con signos los sentimientos de su alma, grabándolos primero sobre pedazos de madera y en la corteza de los árboles. Enseñó en seguida á su bella á descifrarlos, y encantada la jóven con su invencion, premióle con su correspondencia. Por eso sin duda los amantes cobardes recurren todavia, para salir de apuros, á la comunicacion epistolar.

Atribúyese igualmente el origen de la pintura al travieso Cupido. Desconsolada ante una doncella al recibir el adios de su desposado, notó casualmente que el perfil de su amigo se reflejaba en la pared á la luz de la lámpara que alumbraba su despedida nocturna. Cediendo entonces á una de las hermosas inspiraciones del afecto, mojó el índice de su diestra en un liquido oscuro y lo pasó sobre los rasgos que en la pared se retrataban. Descubiertos ya los rudimentos de la escritura y el dibujo, la reflexion hizo lo restante.

¿Cuándo se le ocurren al hombre las ideas que sorprenden por su brillantez, su complicacion ó su profundidad? Casi nunca. Los cálculos científicos, asi como las obras poéticas, necesitan el auxilio de la meditacion para desarrollarse magestuosamente. Virgilio sacó de su carácter meditabundo y contemplativo la perfeccion de sus conceptos. El rival de Homero evocaba su musa, admirando en asilos campestres las páginas maravillosas de la creacion. Las desventajas de su figura, unidas á la dificultad de su pronunciacion, le proporcionaron desengaños penosos, y sin embargo útiles para su futura fama, enseñándole á preferir los placeres mentales á los mundanos, el estudio á la frivolidad. Prendado de una dama que se burló de la torpeza de su labio al hablarle de amor, el gran poeta latino manifestó desde su primera égloga la dulzura simpática y reflexiva que servia de eco á las melancólicas impresiones de una pasion contrariada. Feliz, hubiera carecido quizá del estro sublime que brilla particularmente en sus inmortales *Georgicas*. Sus admiradores aconsejaron á Virgilio transmitiera á la posteridad el nombre de la coqueta que no habia comprendido el valor de su homenaje. «Peor castigada quedará si mi silencio la sume en la oscuridad y en el olvido,» respondió el ilustre mantuano, á quien la reflexion indicó efectivamente el mejor modo de vengarse de una mujer necia y vana.

Tantos objetos asombrosos nos rodean, y tantas cosas tenemos que agradecer á Dios, que meditando es como más nos acercamos á él.

F.

¡UN ALMA HERIDA DE AMOR!

Cuando la noche serena
Tiende su estrellado manto,
Y al mundo envuelve el encanto
De indefinible sopór;
Si una estrella fugitiva
Cruza el éter azulado,
Esa estrella se ha llevado
Un alma herida de amor.

Cuando á la luz intranquila
De lámpara cineraria
Que alumbra la solitaria
Triste mansion del dolor;
Blanca mariposa llega
Y en su llama pierde el vuelo,
Creedlo, se eleva al cielo
Un alma herida de amor.

Cuando se disfruta un sueño
Lleno de calma y ventura,

Más grato por su dulzura
Que lo es el néctar mejor;
Si de pronto, estremecido,
Despierta el cuerpo cansado
Es que al pasar le ha tocado
Un alma herida de amor.

Cuando el azulado espacio
Cruza nube peregrina
Tan sutil y blanquecina
Como el más leve vapor;
Mirad si del sol un rayo
Su transparencia colora,
Y vereis que es portadora
De un alma herida de amor.

Cuando en silenciosa noche
Y al pasar junto á una cruz
Fluctúa en torno una luz
De amarillento fulgor;
Decid, la rodilla en tierra,
Una oración fervorosa,
Por si es la luz misteriosa
Un alma herida de amor.

Y cuando al caer la tarde
Visitais el bosque umbrío
Y un pajarillo bravío
En sus ramas morador,
Cuenta sus quejas al viento
Con tierna canción sencilla,
No dudeis que es la avecilla
Un alma herida de amor.

E. DE LA LOMA.

MÁXIMAS.

La soledad es al espíritu lo que la dieta al cuerpo.—VAUVENARGUES.

La verdadera grandeza es la que no necesita de la humillación de los demás.—DARU.

Nada hagas que tu enemigo no pueda saber.—SÉNECA.

Fiase siempre más de los que te necesitan, que de aquellos á quienes has hecho favores.—GUICHARDIN.

¡Cuán hermoso y grande es hacer ingratos.—V.

Si la virtud tuviese la energía del crimen, poco durarian los tigres sobre la haz de la tierra.—PLINIO.

DOÑA MARIQUITA LA PELONA.

CARTA BIOGRAFIA.

.....Diciembre de 1852.

Sr. D. J. E. H.

Muy Sr. mio, de mi mayor aprecio: El mes pasado vi en una librería un tomito de leyendas varias, impreso en Madrid en el presente año; y como aficionado que soy á novelas y versos, aunque me queda poco tiempo libre para lecturas de diversion, abrí el tomo, y cabalmente fue por una página donde leí este título de una de las leyendas, obra de V.: *Mariquita la Pelona, crónica del siglo XV*. Me inquietaron tales palabras, porque en mi familia ha habido una señora muy respetable á quien el vulgo aplicó ese propio mote, no muy bonito; y me figuré que acaso V., habiendo tenido noticia de la *Pelona* de nuestro tiempo, habia trasladado á otra época sus aventuras, para descaminar á las personas que las conocen. Pronto me desengañé, reparando con gusto que la *Mariquita Pelona* de V. (que supongo será cuento forjado á placer sobre la interesante anécdota de la *Doncella napolitana*, sabida hasta de los niños de las escuelas) casi nada se parecia á la nuestra; y digo nuestra, porque somos bastantes los que nos honramos de pertenecer con estrechos vínculos á la *Mariquita* moderna. Pero su historia merece saberse, aunque se la desfigure algo, con tal que no se presente en ridículo; por lo cual me dirijo á V., sin tener la honra de conocerle, y ocultando los nombres de las personas que intervinieron en los sucesos y el año y lugar en que se verificaron, voy á comunicar á V., para que los aproveche si gusta, fieles datos biográficos acerca de otra *Mariquita Pelona*, no tan hermosa ni con una cabellera tan extraordinaria como la hija de San-García, pero muy agraciada, no menos virtuosa y amable, y harto más verdadera.

Hubo una niña (hubo, sí, porque ya descansa en la paz del Señor) en una de las mejores poblaciones de España, que huérfana y pobre á la edad de trece años, fue recogida por una señora Marquesa, la cual habia estimado mucho á los padres de la muchacha, cuyo apellido encubriré, bien que el nombre no se puede ocultar: ya se debe suponer que se llamaba *Maria*. Acababa de enviudar la Marquesa, y tenia una niña de cinco años y medio; pensó desde luego la señora que Mariquita podría servir de aya á la niña más adelante, y dispuso que la enseñaran á propósito para ello. Mariquita, que ya leía bien, escribía y contaba,

y además cosía y bordaba admirablemente, aprendió un poco de historia y geografía, música y francés, y aun á montar á caballo; y es fama que en la parte literaria y ecuestre no hizo los mayores progresos. Resultó de esta educación que Maria, sin bienes de fortuna ningunos, vestía y hablaba á lo duque, y tenía todo el aire de una grande de España; y entrada en flor de la juventud, no había quien pidiera su mano. Era Mariquita á los diez y ocho años de regular estatura, ni alta ni baja, de un moreno claro agradable, de bien concertadas facciones, realizadas con una gracia de boca y una caída de párpados encantadora, buenos ojos, buen talle, muy hermosa mata de pelo, muy buen gusto para el traje, para el prendido y para el calzado, y delicioso aire para llevar la basquiña, la mantilla y el abanico; genio dócil, carácter candoroso, corazón castísimo, lenguaje alegre y dulce con todos, menos con la señorita, cuando la tuvo por alumna; respecto de esta guardaba una severidad que metía miedo; y todo se necesitaba, porque á la verdad (suprima V. esta frase cuando llegue el caso), la Marquesita era medio loca. Y ya que de locas hablamos, y no tratando de poner en la misma línea á la señorita y al aya, *doña Mariquita* (que así la llamaban en casa de la Marquesa) fue también hasta la edad de veinticinco años la criatura más imprevisora del mundo: nunca, hasta después, pensó en el día de mañana, ni se le ocurrió que le podía faltar la Marquesa, y hallarse en la calle con muchas necesidades, y sin recursos para subvenir á ellas. El mayordomo de la Marquesa, que era solterón, el contador y otras personas que frecuentaban aquella casa ó palacio principalísimo, miraban á Maria con buenos ojos, le decían flores, y nada más, porque eran sujetos que, para mujer propia, deseaban una con gracias personales y dinero, ó con dinero sin otra gracia; el cochero y los lacayos también decían piropos á su modo á *doña Mariquita*; pero la señorita *doña Maria*, colocada en una grada algo inferior para el mayordomo, estaba sobrado alta para el cochero. Estimada, y aun querida de todos, y no querida matrimonialmente de nadie, llegó Maria sin sentir á los veintitres años; y entonces hubo de visitar á la Marquesa un caballero de cerca de treinta, gran mozo, de buena casa y célebre por sus calaveradas en su patria y fuera: D. Juan le llamaremos, porque no dejaba de parecerse á D. Juan Tenorio. Heredero de un crecido caudal, habíalo derrochado en muy poco tiempo, y vivía á costa de un tío, viejo, raro, que pasaba por hombre rico, y que por inclinación á su sobrino, le sacaba de los apuros, y aun le satisfacía los caprichos, no sin echarle antes un breve sermón, repitiéndole siempre que á lo mejor le daría un chasco. Don Juan vió á Maria, prendóse de ella, le dirigió mil frases de amor, que Maria oyó con gusto indecible; y creyéndolas encaminadas á un fin legítimo, dijo

al galanteador que se explicase con la Marquesa. El galán, que no esperaba aquella salida, varió de lenguaje, y al primer asomo de libertad que se quiso tomar, la honrada Maria le puso la cara que á la señorita cuando se portaba mal, y con la sal del mundo, le envió á paseo. A todo esto D. Juan, engañado por la risueña acogida que al principio le hizo el aya, se había jactado con sus amigos de obtener un triunfo próximo; supose la derrota, los amigos se le burlaron, él se picó, hubo apuestas por medio, repitió con más arte sus asechanzas á Mariquita; y ella, sin arte alguno, avisó á la Marquesa lo que pasaba; prohibió la Marquesa á don Juan que hablase á Maria, y por primera vez de su vida se hubo de retirar D. Juan desairado en un empeño de tal especie, y perdió una apuesta considerable. El contador, el mayordomo, el maestro de obras, la doncella mayor y algunos otros individuos de la familia, que habían reparado ya en los obsequios de D. Juan, y advirtieron su desaparición repentina, formaron suposiciones no del todo caritativas, que desazonaron á Maria mucho, cuando su alumna, aumentando otro tanto, se las contó; chisme fatal para la chismosa, porque en enojándose el aya, la señorita pagaba su enojo. Las consecuencias de esto fueron privar á la Marquesita de paseo por ocho días, y tenerla uno á pan y agua.

No había pasado un mes cabal desde la retirada del galán jactancioso, cuando una mañana se presentó en casa de la Marquesa un fraile de la Merced, venerable por sus años y por la santa inocencia de su carácter, pidiendo que se le permitiese hablar en secreto á Maria. Esta, aunque no lo necesitaba, tomó la venia de la señora, se quedó á solas con el religioso (ó creyó quedar á solas con él, porque á un volver de cabeza se introdujo la señorita en la sala y se escondió en un dormitorio contiguo); y el padre dijo, según se cuenta, poco más ó menos así:

«Hija mía, una dama forastera y de edad madura, cuyo nombre y cuyas circunstancias he prometido no descubrir, ha ido á mi convento y me dicho, que deseosa de servir á Dios y alcanzar la remisión de sus culpas, quiere dotar á una doncella virtuosa y huérfana con la razonable cantidad de 40,000 rs. Más aún: posee la dama en esta ciudad, en paraje algo retirado, una casita de buena construcción y de solo un piso, muy á propósito para un matrimonio; y agrega esta casa también al dote de la huérfana. Se ha informado de varios párrocos acerca de las huérfanas de más virtud que conocen en sus respectivas feligresías; le han dado una lista, y en ella es el nombre de usted el primero. Los 40,000 rs. están en mi poder; he visto la casa, y vengo á ver á V. para que me diga si quiere sujetarse á las condiciones que impone la dotante á la doncella que reciba la dote.

—Diga V. qué condiciones son, prorumpió María, sintiendo por primera vez en su corazón un deseo vehemente de dinero. Diga V. pronto; que por 40,000 rs. y tener casa, algo se puede sacrificar.

—Hija mía, prosiguió el Padre, las condiciones son estas cuatro. Primera: que ha de hacer usted voto de castidad por espacio de un año.

—Le hago desde ahora.

—Que todo el año ha de vestir V. un hábito de Nuestra Señora del Carmen, con toca y manto.

—Precisamente es un hábito que me gusta.

—Que ese año ha de vivir V. en un convento de esta ciudad, el que V. elija.

—Ahí en frente hay uno; si mi señora me da licencia, no tengo más que cruzar la calle. A ver la última condicion.

—Esta, para una persona del juicio que V., ha de ser bien insignificante. Que se ha de cortar V. el pelo á raíz, y ofrecerlo para una imagen de Santa María Magdalena, que la dama dotadora destina á cierto oratorio particular.

—Padre! Y ¿eso le parece á V. que nada supone? Pues para mí es condicion mas dura mil veces que las otras juntas. No estoy yo tan fuera del mundo como V. cree: y así me ha de hacer V. el favor de manifestar á esa dama, que ni por un millon ni por un palacio me quedo pelona.

—Nada hay perdido, hija mía... Quiero decir, nada hay perdido para mí, pues realmente nada pierdo yo; V. sí, creo que pierde una buena ocasion. Una semana tiene V. de término para decidirse: de aquí á ocho dias volveré; y si me dice V. lo mismo que ahora, pasaré á proponer las condiciones á la jóven que va despues de V. en la lista.

—«No, padre, no.» Iba María á decir: «No vuelva V. más»; pero pareciéndole que en tal precipitacion habia algo de poco respetuoso al sagrado carácter del sacerdote, corrigió la expresion añadiendo: «No se vaya V. así.» En efecto, el Padre se habia levantado para marcharse. «Hágame V. la caridad, prosiguió, de celebrar una misa en un altar de Nuestra Señora, á fin de que me dé su luz en este negocio, y llévase V. estas frioleras para la comunidad.»

Tomó, diciendo esto, un cestillo de bizcochos de monjas, que las vecinas le habian regalado pocas horas antes, echó un duro en él, y puso la ofrenda en manos del Mercenario.

«Señorita María, dijo despidiéndose el buen religioso, me parece muy bien que implore V. el auxilio de la Reina de los Angeles: ella le envíe á V. su santísima bendicion.

Y María, con la sonrisa que tanto hechizo prestaba á su rostro plácido, tendio su blanca mano, tomó la del Padre y se la besó; y acompañándole, salió él de la casa. Un momento despues evacuó el dormitorio la señorita; buscó al mayordomo, al contador y á las doncellas de su mamá, y les contó

lo que habia oido; y á la media hora ya sabia toda la casa, qué objeto habia tenido la venida del fraile.

(Se concluirá.)

ESPLICACION DEL PLIEGO DE

LOS PATRONES.

Paletó-saco.

Nuestro modelo es espresamente para traje de viaje del mismo color que la falda, y puede aplicarse tambien para vestir en gró ó glasé negro con adornos de pasamaneria ó guipur.

Para tener facilidad en sacar los patrones, puesto que por su mayor estension que el pliego van doblados, debe ponerse un papel debajo para servir de copia, picando por las rayas hasta llegar al punto donde está marcado el doblado, se corta por los puntos indicados, y se hace por separado lo mismo con el doblez, que unida esta pieza luego al patron forma el todo de él; advirtiéndose que la abertura que va indicada en el costado del figurin, lleva otra igual en la costura de la espalda, y para armar las piezas se tiene en cuenta la union de los números iguales entre sí.

Camisa-pantalon de niña.

Como va indicado en la hoja y reducido el patron de como ha de ser en grande, haremos la observacion de que el primer doblez es de A á A, el segundo de C á C y C á C, y el tercero de B á B, de modo que quede un drilátero en el centro; se sacan por separado cada trozo, y al unirlos se tiene en cuenta que los números sean iguales para armarlo como indicamos en la descripcion del paletó.

El mismo pliego indica con toda claridad la diferencia en los signos, y las aclaraciones para su mejor comprension.

Administrador y Editor responsable,

ALEJANDRO GOMEZ.

MADRID.—1866.

IMPRENTA DE FRANCISCO ABIENZO,
calle de Luciente, n.º 11.